

FRAGMENTOS DEL LIBRO
"INTRODUCCION A SHAKESPEARE"

Compilado por:
Harley Granville-Barker
y
G.B. Harrison.

EL MARCO NACIONAL
por:
G.B. Harrison.

Tennyson, en una de sus expresiones menos felices, cantó "los anchurosos tiempos de la gran Isabel", y los panegiristas de la época de Shakespeare se han esforzado desde entonces por acentuar sus alegres colores y sus sombríos contrastes, como si los hombres de aquella generación hubiesen diferido de todos los demás. El mismo Lytton Strachey, que diff-

cilmente podría ser clasificado entre los románticos, escribía:

"...¿por medio de qué artificio podremos abrirnos camino en esos espíritus extraños, en esos cuerpos más extraños aún? Cuanto más claramente lo percibimos, más remoto se nos aparece ese universo singular. Con muy pocas excepciones -quizá con la única excepción de Shakespeare- sus criaturas se nos presentan como desprovistas de intimidad; son visiones exteriores que conocemos de esa época. Indudablemente los seres humanos dejarían de ser tales si dejaran de ser inconsistentes. Pero la inconsistencia de los isabelinos sobrepasa los límites permitidos al hombre. Sus elementos revolotean locamente; los asimos; luchamos duramente por reunirlos en una mezcla, y estalla la retorta. ¿Cómo sería posible explicar en forma coherente su sutileza y su naïveté, su delicadeza y su brutalidad, su piedad y su desenfreno?"

Tan romántica exageración proviene del fácil error de juzgar a una generación por sus hombres excepcionales y por los libros, antes que por el término medio. Sir Philip Sidney fué el arquetipo perfecto de la caballerosidad, pero sus contemporáneos lo admiraban precisamente porque era diferente de ellos. La Reina de las Hadas, Tamerlán, Hamlet, los Ensayos de Bacon, las Leyes de la Política Eclesiástica de Hooker, no son especímenes cotidianos de la literatura isabelina, sino las piezas de musco de una época. Lo mismo podría el historiador superficial de otra edad exaltar las glorias de la era gregoriana, evocando como expresiones típicas de su espíritu el ataque contra Zeebrugge, los poemas de Rupert Brooke, Santa Juana, Los Dinastas o el Testamento de Belleza.

Para el estudioso serio de cualquier período, el nivel medio es más importante que la excepción conspicua. La lectura de la mayor parte de los libros isabelinos -prosa, poesía o drama- es pesada y tediosa; y cuando se considere el hombre corriente en sus acciones y motivaciones, se verá que el inglés ha cambiado muy poco en lo esencial. Lejos de ser "anchurosa", la

Inglaterra de Isabel estuvo en muchos aspectos estrechamente confinada, y no lo estuvo menos en los medios de intercambio intelectual.

Resulta difícil para los modernos representarse un mundo donde noticias y opiniones no podían difundirse rápidamente en diarios o periódicos. El periódico tiende a hacer insociables a los hombres. Cuando se puede leer en casa, hay menos necesidad de salir a enterarse en posadas o tabernas de los últimos rumores, de modo que, salvo en épocas de emergencia y de censura, el conversador de los lugares públicos se considera un estorbo. Los contemporáneos de Shakespeare, que carecían de periódicos regulares, debían por fuerza cambiar opiniones mediante la palabra oral. En las ciudades, y particularmente en Londres, vivían más en público; frecuentaban la Corte, asistían al sermón en Paul's Cross o a los juicios en los tribunales de Westminster, a las posadas y a los teatros. Vivían, por consiguiente, en una atmósfera de murmuración y escándalo perpetuos, a menudo de rumor y de alarma. Por lo demás, no se toleraba ninguna discusión libre sobre los asuntos del Estado; toda crítica al gobierno era fácilmente magnificada como sedición o alta traición. En el Parlamento mismo, que sólo era convocado con intervalos de cuatro o cinco años, estaba prohibido a sus miembros debatir cuestiones de alta política. En 1593, por ejemplo, la Reina Isabel prohibió que se plantease el asunto de su sucesión, y cuando un tal Peter Wentworth presentó una petición en este sentido, fué mandado a la Torre, donde permaneció hasta su muerte, ocurrida tres años después.

En tales circunstancias, los hombres eran naturalmente más excitables y emotivos que en la actualidad, y más propensos al pánico repentino y a ciertos estados de ánimo caprichosos. Y como siempre había aprendices y desocupados dispuestos a una pendencia ante la menor provocación, las escenas de multitudes en la segunda parte de Enrique VI, en Romeo y Julieta, Julio César y Coriolano, estaban muy cerca de la experiencia común.

Shakespeare ha descripto muchas veces los efectos de

la murmuración notablemente en El Rey Juan (acto IV, escena II) y en el prólogo de Enrique IV, recitado por el Rumor, al que se pinta con muchas lenguas. No había en ello exageración. En las cartas de noticias y en los diarios de la época, hay referencias constantes a los chismes y alarmas más absurdos. Ejemplo notable ofrece una carta escrita por John Chamberlain el 9 de agosto de 1599, en ocasión de un informe falso sobre una invasión española:

"El lunes, hacia al atardecer, llegaron noticias (aunque falsas) de que los españoles habían desembarcado en la Isla de Wight, que produjeron un temor y una consternación tales en esta ciudad, como pocas veces he visto, con gritos de mujeres, clausura de calles y cierre de puertas, como si el enemigo se hubiese hallado en Blackwall".

El pánico se disipó, y cuando se hizo evidente que todos los preparativos para la defensa se habían debido a una falsa alarma, no tardó en florecer un nuevo brote de rumores sensacionales. Dos semanas más tarde escribía Chamberlain:

"No es posible disuadir al vulgo de que ha habido un gran misterio detrás de esta concentración de fuerzas, y como no pueden concebir el motivo, muchos hacen conjeturas descabelladas y suposiciones en el aire. Dicen, por ejemplo, que la Reina estuvo gravemente enferma; o que todo fué para demostrar a algunos de los ausentes que otros pueden mandar igualmente bien y que, llegado el momento, se pueden organizar y dirigir operaciones militares tan eficaz y oportunamente como ellos pudieran hacerlo; con muchas otras suposiciones tan diversas y frívolas como éstas!"

Aún más sensacional fué el rumor que se difundió por todo Londres en la mañana del 22 de marzo de 1606, de que el Rey Jacobo había sido asesinado en Woking. De inmediato se ordenó la formación de las fuerzas, se doblaron los guardias del palacio, se cerraron las puertas de la torre y se cargaron los cañones. Este rumor se inició a las 6.30 a.m. y se propagó (con numerosos pomenores circunstanciales) hasta las 9 apró

ximadamente, hora en que se lanzó una proclama informando que era falso.

Los teatros ocupaban una posición peculiar en la vida londinense. Los austeros hombres de negocios los evitaban como perjudiciales para la moral pública, ya que las piezas solían presentar temas inconvenientes; y como un daño para el comercio, ya que los aprendices se veían tentados a malgastar en ellos sus tardes. Constituían asimismo un lugar general de reunión para los jóvenes de fortuna y para los personajes poco dignos de crédito que los seguían. Por lo demás, en épocas en que la libertad de expresión estaba restringida, los hombres encontraban en el drama un comentario verbal sobre la vida que no existía en ninguna otra parte. Muchas piezas criticaban o representaban directamente hechos recientes. En julio de 1597, por ejemplo, se clausuraron por tres meses todos los teatros, a causa de *La Isla de los Perros*, obra escrita por Nashe y Jonson, que contenía "mucho material sedicioso y calumnioso". En 1599, se representó en las tablas la batalla de Turnhout (librada en enero de 1597) y en la pieza aparecían muchos héroes vivos, particularmente Sir Francis Vere, y se echó de ver que el actor que interpretaba su papel estaba cuidadosamente maquillado para caracterizar al original, que se hallaba entonces en Londres. En mayo de 1601, el Consejo Privado ordenó a los magistrados de Middlesex que abrieran juicio sobre la acusación siguiente:

"que algunos actores que acostumbraban recitar sus piezas en la Cortina, en Moorfields, representan sobre las tablas, en sus interludios, las personas de ciertos caballeros de excelente mérito y calidad, que todavía viven, en forma velada, pero no obstante de tal suerte que todos los espectadores pueden discernir tanto el asunto como las personas implicadas".

En diciembre de 1604, Chamberlain anota:

"La tragedia de Gowry con toda la acción y los actores ha sido representada dos veces por los Servidores del Rey, con excesiva concurrencia de gentes de todas clases. Pero sea que el tema o el modo no estén bien

encarados, sea que haya parecido inconveniente que los Príncipes sean representados en las tablas durante su vida, he oído decir que algunos Consejeros Reales se han disgustado mucho, por lo que se cree que serán prohibidas estas representaciones".

La indecencia era aún más común en los teatros privados, donde los dramaturgos, por boca de los niños actores, solían ser muy insolentes y andaban en constantes dificultades. En 1605 fueron encarcelados Jonson, Chapman y Marston por haber hecho, en su pieza Eastward Hoe, ciertas observaciones irrespetuosas sobre los escoceses y los nuevos "caballeros de cuarenta libras" del Rey Jacobo; y en 1608 fué disuelta la Compañía de Niños del Blackfriars por representar, contra órdenes expresas, La Conspiración de Biron, obra relativa a la historia de Francia de seis años atrás, que presentaba al monarca francés reinante con su esposa y su concubina en una escandalosa disputa.

Los actores no limitaban sus comentarios a los asuntos nacionales o locales: también se atacaban entre sí. Los distintos teatros tenían sus protectores diferentes; la competencia era intensa y había considerables rozamientos entre las compañías rivales, cosa que llevó en 1600 a la "guerra de los teatros".

Aunque las piezas que trataban directamente de acontecimientos recientes eran sólo una proporción muy reducida del repertorio, los públicos advertían instintivamente "tanto el asunto como las personas implicadas", y no sólo en los dramas sino en toda clase de obras literarias. La historia en particular se estudiaba por los paralelos que ofrecía con los tiempos modernos. Uno de los pasajes más elocuentes del discurso de Bacon en el juicio contra Essex fué su adecuada comparación de pste con Pisistrato. Ben Jonson, al margen de su ejemplar de los Anales de Tácito en la traducción de Greenaway, anotó frente al relato de la caída de Sejano: "El Conde de Essex".

Un significativo ejemplo del modo cómo se leía y a veces se sobreentendía un doble significado es el caso de la desdichada Historia de Enrique IV, del Doc-

tor John Hayward. Por algún extraño motivo, los partidarios de Essex encontraban un paralelo satisfactorio entre la Reina Isabel y la historia de Ricardo II y su deposición, y fué probablemente por esta causa que, cuando en 1697 se publicó la pieza de Shakespeare, alcanzó rápidamente tres ediciones. En los primeros meses de 1599, Hayward publicó un libro sobre la Historia de Enrique IV, que relatava con cierta proligidad y considerable fantasía los hechos que llevaron a la deposición de Ricardo, y se lo dedicó a Essex en una Epístola Latina un tanto equívoca. Inmediatamente el Consejo sospechó que el libro era sedicioso, y en el curso de los dos años siguientes, con algunos intervalos, Hayward fué severamente interrogado y por último encarcelado en la Torre. Para colmo los conspiradores de Essex confirmaron las sospechas del Consejo cuando tres días antes del levantamiento, sobornaron a los actores del Chambelán para que representaran Ricardo II en el Globo. La significación del libro y del paralelo histórico fué uno de los puntos que se encomendó a los predicadores destacaran en sus sermones, después de la insurrección.

De todo esto se sigue que, para interpretar la obra de Shakespeare, sus piezas deben considerarse dentro del marco histórico que sólo se podrá reconstruir mediante un estudio detenido de aquellos acontecimientos, grandes y pequeños, que verosímilmente debieron excitar el espíritu de los primeros espectadores de una pieza nueva.

El fondo histórico del drama isabelino desde el Tamberlán de Marlowe (c. 1587) hasta Hamlet (publicado en 1603) fué una gran guerra.

El más espectacular de los primeros encuentros fué el arribo de la gran Armada Española y su destrucción por la tempestad a fines del verano de 1588. Al año siguiente fué despachada a Portugal una fuerza mixta naval y militar, con el objeto de establecer en el trono al aspirante Don Antonio. El "Viaje Portugués" no constituyó un éxito, porque si bien la Coruña y Lisboa fueron invadidas y destruidas, se sufrieron grandes pérdidas por enfermedad, y a su regreso los soldados y mar

neros desmovilizados aterrizaron durante algunas semanas a la ciudad de Londres.

En el otoño se despachó una fuerza al mando de Peregrine Bertie, Lord Willoughby, para ayudar a Enrique de Navarra contra la Liga Católica y sus aliados españoles. Al año siguiente, los soldados ingleses auxiliaban a Holanda en los Países Bajos. A fines de 1590, los españoles empezaron a penetrar en Bretaña, y en 1591 fueron enviadas allí dos expediciones inglesas: Sir Roger Williams estaba al mando de un pequeño ejercito en Normandía, y Sir John Norris penetró en Bretaña. En el otoño, el conde de Essex se hizo cargo de una fuerza más importante con destino a Normandía, y asistió a Enrique en el sitio de Ruán. Sus tropas incluían una compañía de nobles de la City, así como un cuerpo considerable de adictos personales. Con todo, el sitio fué abandonado precipitadamente en la primavera de 1592. Durante estos meses, los discursos heroicos del bravo Talbot en la Primera Parte de Enrique VI despertaban un entusiasmo indescriptible en los públicos del Bankside.

En el curso del año próximo, Enrique peleó una guerra perdida, hasta que en 1593 entró en negociaciones con la Liga y fué admitido en la Iglesia Católica. Produjose en Inglaterra una alarma muy natural, porque parecía probable que, con el cambio de religión, Enrique pudiese también cambiar de frente, pero cuando se vió que continuaba la guerra contra España, una nueva expedición inglesa al mando de Norris y Frobisher arrojó a los españoles de Brest, si bien Frobisher murió de resultas de sus heridas.

En 1595 no se produjeron encuentros por tierra, pero llegaban de España insistentes informes de que se estaba preparando una armada nueva y más grande. En el verano Hawkins y Drake se dieron a la vela en un viaje combinado a Sud América, del que nunca regresaron. Cundía una sensación de pánico en muchos sectores. La irritación contra el francés iba en aumento. Se sospechaba que Enrique estaba a punto de

abandonar a sus aliados, y que los católicos de Inglaterra podían insurreccionarse cuando apareciese el enemigo, y en el otoño se impartieron órdenes para constituir una gran flota en la primavera.

El año siguiente (1596) estuvo lleno de excitación. En abril llegaron noticias de que los españoles de los Países Bajos habían rodeado súbitamente a Calais. Se reclamaron precipitadamente hombres de las guarniciones de la City de Londres y, por orden del Lord Mayor, los gendarmes encerraron a la gente en sus iglesias parroquiales mientras recibían la comunión pasqual, hasta que se hubieron reclutado mil hombres. Mientras tanto, Essex y Lord Charles Howard, Lord Almirante, corrieron a Dover para reunir cuantos barcos y hombres fuese posible para la fuerza de relevo. Todo el día siguiente el ruido del cañón pudo oírse desde Londres, pero cuando la flota estaba lista para hacerse a la vela, llegó la noticia de que Calais había caído. La gran flota se dió a la vela en junio, y el 20 apareció frente a Cádiz, que fué capturada luego de una heroica acción naval. La ciudad fué ocupada, saqueada e incendiada, y muchos barcos españoles fueron destruídos. Fué una gallarda y brillante victoria y reportó cuantioso botín. Con la expedición iban muchos jóvenes elegantes, de la misma categoría que los acompañantes del Rey Juan en la pieza.

Al viaje de Cádiz en 1596, siguió el viaje a las Islas en 1597. Esta vez Essex tenía el mando exclusivo. En general la expedición resultó un fracaso. El mal tiempo demoró largamente su partida en el verano, por lo cual en vez de invadir las costas de España, la flota se dirigió a las Azores, donde fueron tomados varios navíos, pero se perdió mucho botín debido a la incompetencia de Essex. En Octubre, antes del regreso de la flota, hubo una alarma general relativa a una invasión española, y las fuerzas de los condados del sur fueron parcialmente movilizadas. La nueva escuadra se había dado ya a la vela, pero fué dispersada por una tormenta a los dos días de navegación desde el cabo de Finisterre.

La guerra con España languideció un poco en 1598. Se entablaron negociaciones de paz, en cuyo curso los franceses, faltando a lo pactado con Inglaterra, hicieron secretamente la paz con los españoles y dejaron que Inglaterra y los Países Bajos llevaran solos el peso de la lucha. En el verano, Inglaterra estuvo ocupada en una guerra con Irlanda, que pronto probó ser más costosa que cualquier expedición al extranjero. Durante algunos años había estado fermentando allí la rebelión, fomentada en gran parte por la corrupción de los servicios civiles y militares. En 1598, Tyrone derrotó a la fuerza principal inglesa cerca de Armagh, con una pérdida aproximada de 2.000 hombres sobre un total de 3.500, y hacia fines del año pareció que los ingleses iban a ser expulsados del territorio. En el próximo marzo, Essex fué enviado en calidad de Lord Emisario, con un ejército de 16.000 hombres bien elegidos y equipados.

La gran guerra con España evocó una gama de emociones nacionales. En 1592, cuando las expediciones al continente eran todavía populares, el patriotismo furibundo de Talbot coincidía con el sentimiento general. Más tarde, en los ansiosos tiempos de 1595 y 1596, prevaleció un sentimiento de patriotismo más profundo, y era corriente decir: "Si fuésemos leales con nosotros mismos, no necesitaríamos preocuparnos por el enemigo, ni temerle". Este sentimiento se refleja en el discurso de Gante moribundo sobre Inglaterra, y en los versos finales de "El Rey Juan".

Dieciocho meses después, tras las sórdidas controversias suscitadas por el viaje a la Islas, la gloria militar pareció pasar un poco de moda. Shakespeare expresa un sentimiento predominante en la cruel parodia que hace Falstaff del culto de Hotspur por el honor. En la Segunda Parte de Enrique IV, el cinismo es aún más pronunciado, y la exaltación heroica de "este otro Edén, este segundo Paraíso", ha degenerado en: "Fué siempre un recurso de nuestra nación inglesa, cuando algo bueno tuvo, hacerlo demasiado común"; mientras la escena del abuso que hace Falstaff

de su cargo al aceptar sobornos para eximir a mejores reclutas es la dramatización de un escándalo corriente. Doce meses después, la espectacular partida de Essex para Irlanda despertó un espíritu de patriotismo general, directamente mencionado en el coro anterior al quinto acto de Enrique V y reflejado constantemente en los discursos heroicos de la pieza.

Essex no logró nada efectivo. El ejército fué diezmado por la enfermedad, y en septiembre concertó una tregua con Tyoene. Luego, en contra de órdenes expresas, abandonó su puesto con la mayor parte de su estado mayor y muchos de sus jefes de regimiento, y se presentó sin anuncio previo ante la Reina. Durante su ausencia había habido otra alarma de invasión española, y se había ordenado una movilización general de las fuerzas que quedaban en Inglaterra, que se concentraron en Londres, donde fueron disciplinadas durante varias semanas.

Essex fué sustituido en Irlanda por Charles Blount, Lord Mountjoy, quien cambió la situación rápidamente. Estableció importantes guarniciones en puntos estratégicos, y hostilizó constantemente a los rebeldes con una fuerza móvil. No obstante, a fines del verano de 1601, los españoles enviaron en auxilio de Tyrone una fuerza de 3.000 hombres que ocupó Kinsale. Mountjoy debió enfrentar así una campaña de invierno con tropas enfermizas. Tenía que contener a los españoles e impedir al mismo tiempo que Tyrone se les uniese.

En el interín los españoles habían estado muy activos en los Países Bajos, donde había habido encuentros intermitentes en el curso de la última década, y en julio de 1601 el Archiduque de Austria, que se había casado con la Infanta de España, empezó a cercar a Ostende. Sir Francis Vere recibió el mando de las fuerzas inglesas y holandesas combinadas, y durante los nueve meses próximos defendió la ciudad contra grandes vicisitudes. Los ataques más violentos se efectuaron en el período de Navidad de 1601, cuando un asalto de las tropas españolas, que ascendían a 10.000 hombres, fué rechazado con enorme carnicería luego de un combate que duró toda la noche. Las ingentes pérd

das y la soberbia bravura demostrada en ambos bandos durante los tres años del sitio de Ostende movió a Camden a comentar: "Los más fuertes y bravos soldados de los Países Bajos, de España, Inglaterra, Francia, Escocia e Italia, peleando briosamente por un estéril pedazo de arena, encontraron allí, es verdad común sepulcro, pero también un monumento eterno a su coraje". Hamlet demostró igual piedad y admiración por:

"La muerte inminente de veinte mil hombres que, por un capricho y una trampa de la fama, fueron a sus tumbas como quien va a su lecho, pelearon por una parcela cuya extensión no alcanzaba a soportar la contienda, que no es tumba bastante ni continente para esconder la matanza..."

Muchos otros acontecimientos ocuparon durante estos años las lenguas de la murmuración. Una guerra larga y costosa debía provocar, como siempre, una gran inquietud social, que asumió diversas formas, frecuentemente religiosas. Los partidos políticos no habían nacido aún, pero puesto que la teoría del Estado se basaba en la interpretación de la doctrina cristiana, resultaba de ello que las tres formas principales de la religión -catolicismo, iglesia oficial y puritanismo- expresaban, en medida considerable, diferentes criterios sobre el orden social. Según la teoría aceptada, la Reina era cabeza suprema de la Iglesia y el Estado, y ella insistía constantemente en sus discursos en que estaba directamente bajo una bendición de Dios, y que era su representante en el reino. La Iglesia, por intermedio de Obispos y otros dignatarios y del clero, tenía múltiples e importantes funciones y ocupaciones dentro del Estado. La censura de los libros, por ejemplo, estaba en manos del Arzobispo de Canterbury y del Obispo de Londres; en las parroquias los capilleros eran responsables del socorro a pobres y desvalidos; mientras que la moral pública (en teoría) estaba salvaguardada en los tribunales eclesiásticos. Rebelarse contra el orden establecido significaba pues, a los ojos de sus sostenedores, desafiar a Dios. La posición está enfáticamente planteada en la pieza de Sir Thomas More -en

la escena atribuída al mismo Shakespeare- donde Moro arenga a la multitud de los revoltosos londinenses:

"Porque en el Rey, Dios ha delegado sus atributos de Terror, de Justicia, de Poder y de mando; le ha encomendado el gobierno y quiere que vosotros obedezcáis, y, para añadir a esto una magestad aun más amplia, no sólo ha dado al Rey Su Imagen, Su Trono y su espada, sino también Su propio Nombre, llamándole Dios en la tierra. ¿Qué hacéis, pues, vosotros, levantándoos contra aquel a quien Dios mismo apoya, sino levantaros contra Dios?"

Tanto puritanos como católicos aceptaban la doctrina de que el orden social debe fundarse en la voluntad de Dios, pero consideraban anticristiano el gobierno establecido.

Los católicos eran mirados por este gobierno como el peligro mayor, porque cuando el Papa Pío V excomulgó a la Reina Isabel en 1570 eximió a los católicos de sus deberes de obediencia, y era motivo de gran ansiedad si, en caso de invasión, pelearían a favor de la Reina o en contra de ella. Por lo demás era difícil saber quiénes eran católicos en secreto, porque aunque la componenda en materia de doctrina y de ritual hecha a principios del reinado se aceptaba generalmente, muchos había, especialmente entre las clases superiores, que habrían visto con gusto la restauración de la antigua fe.

La religión de un hombre era, pues, algo más que la aceptación intelectual de determinados dogmas, o su rechazo. No sólo sufría éste la influencia familiar y la de ciertas lealtades sentimentales, sino que su tranquilidad material -acaso su vida- dependían de su elección. Dos factores actuaban contra el catolicismo: los que habían tenido una participación importante en el inmenso botín de los monasterios disueltos estaban firmemente por la Iglesia Oficial; y, ya de antiguo, cuando se producía una diferencia entre un soberano inglés y un Papa extranjero, el sentimiento nacional era más fuerte que el religioso; de modo que las desleales tentativas de los jesuitas in

gleses hicieron un enorme daño a la causa católica, especialmente después de la Conspiración de la Pólvora. La mayor parte de los escritores más conocidos pasaron por pruebas de fe. La familia de Donne era católica y había sufrido por su religión; él eligió la Iglesia Oficial sólo después de considerables vacilaciones; Jonson se convirtió al catolicismo mientras estaba en la cárcel en 1597; Lodge se hizo católico y éste fué también, probablemente, el caso de Campion; Marlowe, que aparentemente había ido a Cambridge a prepararse para la ordenación, se hizo agnóstico; Marston, luego de un período de agnosticismo, se hizo hombre de iglesia. La familia de Shakespeare era la parecer católica, por lo cual su padre se vió obligado a abandonar sus funciones públicas en Stratford, durante los colosos esfuerzos del Obispo Whitgift, en 1570. Despréndese de esto que Shakespeare fué educado en la antigua fe, aunque no hay pruebas de que la practicara en su edad adulta.

Así como se suponía a los católicos aliados con los enemigos de la Reina, el peligro que hacían temer los puritanos era más bien una revolución social dentro de la patria misma. Los puritanos extremos proclamaban que únicamente la Biblia era la expresión de la voluntad de Dios, y de ello deducían teorías violentas y alarmantes sobre el Estado. Proponían una especie de democracia donde su iglesia debía organizarse en presbiteratos locales, de ahí en conferencias de distrito, sínodos provinciales, y, por último, en un Sínodo Nacional que tendría supremo poder, aun sobre el soberano. Proponían igualmente que los asuntos de importancia que afectaran a la comunidad fueran controlados por el Parlamento. En cuanto a la Iglesia de Inglaterra, era para ellos una institución anticristiana, intolerable para un buen inglés. Convenían, no obstante, con las otras sectas, en que los beneficios espirituales y materiales de su religión debían estar limitados a sus miembros. Para combatir el punto de vista puritano de que sólo en la Biblia habían de buscarse las normas de vida y la salvación, publicó Richard Hooker su obra sobre "Las Leyes de la Política Eclesiástica".

Si bien opiniones tan extremadas eran sostenidas por una reducida aunque rigurosa minoría, un puritanismo algo más moderado atraía ampliamente a las clases mercantiles. Por lo demás, los mejores predicadores y jefes puritanos eran concienzudos y austeros en sus costumbres, con lo que contrastaban favorablemente con el clero mundano de la Iglesia de Inglaterra. Y la austeridad en las costumbres era cosa conveniente para los negocios. Las simpatías de dichas clases estaban, como es perfectamente lógico, con los protestantes de los Países Bajos, que eran sus mejores clientes, y contra los españoles, que los oprimían y se interponían en sus negocios.

Aunque en general las clases mercantiles se inclinaban hacia el puritanismo, y las clases profesionales hacia el anglicanismo o el catolicismo, no había una diferencia neta, ni por lo general existía choque de intereses entre la Corte y la City. Los hijos más jóvenes de las buenas familias se dedicaban a los negocios y los mayores se casaban con las hijas de los burgueses acomodados. Sin embargo, los actores constituían una causa frecuente de irritación. Mientras el Consejo Privado consideraba que el teatro era un esparcimiento razonable, aprobado y patrocinado por la Reina, el Consejo Ordinario de la City consideraba que los teatros eran en sí mismos inmorales, representaban una tentación constante al ocio, un centro de reunión para los revoltosos y un foco de infección probable cuando había algún peligro de peste. No es de asombrar, por lo tanto, que los puritanos fuesen tratados sin la menor simpatía por los autores teatrales isabelinos.

Otro motivo de profunda y continua ansiedad era la sucesión. El recuerdo de las guerras de las Rosas y de las perturbaciones más recientes que habían sucedido al fallecimiento de Enrique VIII, con los violentos cambios desde la Reforma hasta la reacción bajo Eduardo VI y María.